



LAS MUCHACHAS VELOCES DE SAIGÓN

Apenas hay peatones en Saigón. Parecen una especie en vías de extinción. El flâneur en mí empezaba a sentirse raro, ligeramente desmañado, al advertir la mirada compasiva de los tipos que en cada esquina me avistaban, con el mismo gesto –las manos como agarrando un volante, la derecha dando al gas–: «Motorbike, Sir?» Invitación para subir, dejarse llevar a cualquier lugar por un precio ridículo. En Saigón –desde 1975 oficialmente Ciudad Ho Chi Minh– todavía hay pocos coches. Los más pobres siguen con la bici. Una minoría depende de un transporte público muy rudimentario. En cambio, el parque de motos se ha multiplicado en pocos años. Se estima hoy en 2,4 millones, en una ciudad de 6 o 7 millones de habitantes.

Decir que el tráfico es un caos sería un tópico, además de totalmente falso. En realidad hay una fluidez deliciosa, una coreografía perfecta de la circulación. Justamente porque no se basa en el rigor de las normas sino en el sentido común, y nunca mejor dicho. El arte de estos motoristas consiste en avanzar constantemente, a una velocidad más bien baja –entre 20 y 30 km/h–, a ser posible sin pararse jamás; a lo sumo en los semáforos, cuando pasa la manada en sentido perpendicular. Doblar: es colarse paulatinamente por el enjambre en contrasentido, hasta llegar a incorporarse en la vía deseada. Previsión, tolerancia, mutuo entendimiento: estas son las virtudes que exige el tránsito saigonés. Una moto puede transportar familias enteras, bultos improbables de mercancías. Pero evidentemente, el paseo en moto también es la oportunidad perfecta para lucirse, sobre todo para las

mujeres. Se protegen de la contaminación con pañuelos variopintos, los brazos envueltos en estilizados manguitos para no perder la blancura de la piel. El casco solo es obligatorio en carretera. La belleza del baile en las rotondas, el continuo casi-no-encallarse, la elegancia del tumulto: el tumulto de la elegancia. Alrededor de la moto se ha creado todo un universo: calles enteras de tiendas, todo tipo de oficios secundarios, desde los alucinantes mercados de piezas de segunda mano hasta la herrumbrosa estación de bombeo regentada desde una hamaca. Una vez instalado en plan paquete, me fijaba más que nada en el garbo de las motoristas saigonesas. Empecé a sacar fotos y no paré ni cuando caía el chaparrón casi diario que añade el cromático espectáculo de los chubasqueros transparentes henchidos por el viento de frente.